



Obras y Autores

Enrique Bunster: Crónicas Portalianas

Por Hernán del Solar

"Un día del mes de noviembre del año pasado nos golpeó la noticia infausta: Enrique Bunster ha muerto. "El Círculo Portaliano entornó sus puertas en señal de duelo y sus miembros se congregaron para acompañar sus restos a la última morada".

Con estas palabras de don Humberto Larraín García, presidente del Círculo, se abre emocionadamente esta obra. "El vivirá eternamente en nuestros recuerdos, en nuestra fidelidad a su memoria. Y es por eso que ahora vive su verdadera existencia".

Esta existencia verdadera es la de su obra. Sobrevive su nombre entre los realmente importantes de nuestra literatura. Autor esencialmente chileno, escribió para que aprendiéramos a conocernos, a estimar con lealtad comprensiva nuestros auténticos valores, a enaltecer —con amor de nuestro pasado y viva fe en el futuro— a todos los hombres que forjaron nuestra nacionalidad. Uno de ellos, primordialmente, es don Diego Portales.

Las *Crónicas Portalianas* de Enrique Bunster desarrollan esta indiscutible verdad. En un estudio preliminar, titulado *Enrique Bunster, animador de nuestra historia*, Guillermo Izquierdo Araya, de la Academia Chilena de la Historia, del Instituto de Chile, presenta con sintética precisión la actividad literaria de este autor que dedicó su vida a contarnos la del chileno, representándolo en sus más diversas figuras: el político, el militar, el marino, el estudioso, el viajero, el vagabundo que va de país en país aventurando, sin perder nunca su pícaro osadía chilena. A veces lo hizo con emoción no contenida, con el íntimo convencimiento de cómo somos aquí y en cualquier rincón a que nos lleve el destino, o bien empleó en su relato un ingenio, una ironía de gran escritor que observa e interpreta a hechos y personajes con sana exactitud.

Guillermo Izquierdo Araya sigue los pasos de Bunster y es, al hacerlo, un historiador prolijo, convincente, que no esconde su admiración por este escritor que se halla, de manera destacadísima, entre los que se han conquistado un renombre duradero.

Suele decirse a veces —sin ninguna razón, como en este caso— que los prologuistas podrían desaparecer de casi todos los libros para bien de sus autores y del lector. La generalización es drástica y, en ocasiones, injusta. En *Crónicas Portalianas* advertimos un excelente ejemplo. Guillermo Izquierdo Araya no sólo entra en la obra como buen conocedor del espíritu que sustenta los trabajos literarios de Bunster sino, en particular, el tema del libro: la vida, acción y muerte de Portales. Para el lector común —más abundante de cuanto se cree— resulta un inapreciable guía. Es decir, un hombre que sabiamente subraya los detalles en que se ha de fijar más la atención para comprender y admirar con mayor agudeza al personaje.

El libro es claro, sencillo irrefutable. La imagen portaliana penetra en la memoria del lector y su inmensa importancia permanece inamovible. No se puede dudar de su altura. Se impone desde su aparición y ha de considerársela ejemplar hasta los duros años actuales.

En los dos capítulos iniciales —"Lircay, ¡qué batalla!" y "Portales gobernando"— nos encontramos con un resumen histórico que bastaría para sentir de modo inequívoco la grandeza del Ministro. El orden del país se derrumba desde que O'Higgins abdica. Vienen días de amargos cambios de gobernantes, de crisis, de desastrosos, y el desmoronamiento moral resulta, al parecer, sin remedio. "Ya nadie se atrevía a ocupar un Ministerio —dice Bunster. Entonces fue cuando don Diego Portales declaró que él estaba dispuesto a aceptar cualquier nombramiento, "hasta el de Ministro Salteador". Y en un decreto que la posteridad juzga providencial, el Presidente José Tomás Ovalle le confió las carteras de Interior, de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina". Se produjo la batalla de Lircay y las cosas tuvieron, sin tardanza, un giro favorable. "Amaneció el nuevo día —escribe Bunster— sin que nadie se diese cuenta de que despuntaba otra era de la historia nacional". El pasado quedaba sepultado y el porvenir se abría como un paisaje infinito con las riendas del Gobierno en las manos de Diego Portales, el patricio de treinta y seis años y sin antecedentes de estadista que iba a convertir a Chile en la primera República ordenada del continente.

Cuando el parte de la victoria llegó a Santiago, conducido por un correo expreso, cundió un júbilo que alcanzaría hasta los arrabales; tal era el cansancio y el disgusto que habían dejado siete años de desorden. En vano quiso el Gobierno amortiguar el impacto emocional de la noticia en aras de la concordia cívica. Salieron a la calle improvisadas poblaciones de manifestantes, y por la noche se elevaron centellas y cohetes. Y esto sucedía en una época en que la masa popular aún no participaba ni se interesaba en el quehacer político".

Es interesante conocer las diferentes impresiones de algunos importantes personajes. El general Bulnes le llamó "sabio y digno Ministro, cuyos heroicos y patrióticos esfuerzos han contribuido tanto al lustre de que goza la República". En cambio, don Manuel José Gandarillas le tenía por "un loco, un quemado". Don Joaquín Tocornal se preguntó al borde de la tumba —cuenta Bunster—, "¿Quién ha hecho el bien de un modo más gratuito y más completamente desinteresado?". Pero otro, como José Antonio Rodríguez Aldea, le consideró "falso, inconsecuente, voluntarioso y de odios implacables". Pero su enemigo, el mariscal boliviano Andrés Santa Cruz, manifestó: "Siempre tuve de él un alto concepto".

Los historiadores discrepan igualmente. Vicuña Mackenna opina: "Portales es la más alta figura de nuestra historia". Pero Lastarria escribió: "Un pillito de los que tiene nuestra tierra a puñados". En tanto, don Francisco Antonio Encina declara que "por el vigor de su pensamiento político es uno de los cerebros más poderosos entre los que han gobernado pueblos. Luego dice: "Aún no se inhumaban sus restos, empezó su transfiguración en símbolo de la unidad del alma nacional y de una nueva conciencia cívica".

El símbolo perdura. Enrique Bunster lo alza ante los ojos de todos sus lectores y exhibe su limpieza, sin posible oscurecimiento. De principio a fin de sus páginas, nuestro gran escritor recientemente desaparecido traza la imagen de Portales y de sus contemporáneos de mayor importancia con una firmeza y claridad sobradamente visibles. Esta es una obra cuya lectura no sólo es útil y recomendable. Su relectura y entera comprensión nos ha de acompañar largo tiempo.